


98




Prácticas sociales y estrategias de las mujeres en contextos de violencia

Nueva Antropología

•**Ana Teresa Peña Hernández,** "Y le puse las manos entre mis piernas y le dije: ya está naciendo el bebé, atiéndame". Resistencias de un grupo de mujeres de Teopancingo, Puebla, ante la violencia obstétrica • **María Susana Rosales Pérez,** Género, agencia y religión. Participación de las mujeres rurales en grupos religiosos pentecostales fronterizos • **Edith Mónica Hernández Hernández,** Parteras de la resistencia contra la violencia: mujeres *ñuu savi* dando vida a otras formas de habitar el mundo • **Alejandra A. Ramírez López,** Experiencia juvenil de afromexicanas en la Costa Chica de Oaxaca: prácticas de agenciamiento frente a la violencia simbólica • **Jahel López Guerrero,** Prácticas espaciales de mujeres indígenas jóvenes ante el miedo, las violencias y la discriminación en la Ciudad de México • **Lizeth Pérez Cárdenas,** Más allá de llegar al cargo: violencia política contra mujeres indígenas, los retos de la participación

VOL. XXXVI, NÚMERO 98, ENERO-JUNIO 2023 ISSN 0185-0636

Nueva Antropología 98

Prácticas sociales y estrategias de las mujeres en contextos de violencia

Directora fundadora
Silvia Gómez-Tagle

Director general
Emanuel Rodríguez

Directora editorial
Ana Peña

Consejo de redacción
Raúl Nieto, Xóchitl Ramírez, María Josefa Santos, Héctor Tejera, Betzabé Márquez

Consejo editorial
Alejandra Aguilar, Jorge Alonso, Lourdes Arizpe, Steffan Igor Ayora, Federico Besserer, Carmen Bueno, Edith Calderón, Alicia Castellanos, Rodrigo Díaz, José del Val, Carles Feixa, Carlos Garma, Turid Hagene, Esteban Krotz, Gilberto López y Rivas, Roger Magazine, Vicente Moctezuma, Eduardo Nivón, Marisol Pérez Lizaur, Patricia Ravelo, María Teresa Romero, Mauricio Sánchez, Sergio Sánchez, Pablo Semán, Gabriela Vargas Cetina, Claudia Ytuarte-Núñez, Claudia Zamorano

Consejeros honorarios
Luis H. Barjau, Erwin Stephan Otto, Adrián García Valadés, José Eduardo García Gómez-Tagle

Asociación Nueva Antropología, A. C., publica *Nueva Antropología*

Instituciones que apoyan Nueva Antropología, A. C.:
Instituto Nacional de Antropología e Historia; Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social; Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM

Coordinadoras del número
Ana Teresa Peña Hernández y Sonia Guadalupe Contreras Medina

Secretaría técnica
Karen Palacios

Producción y cuidado editorial
Subdirección de Publicaciones Periódicas, CND-INAH

Ilustración de portada
Dibujo de Felicita López Gómez (10 años. San Juan Colorado, Oaxaca)

Publicación semestral
Certificado de licitud de título y contenidos números: 2059 y 1291
Reserva de título número: 37286
Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores

Impresa y hecha en México
Tiro: 500 ejemplares
Talleres gráficos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Av. Tláhuac 3428, Col. Los Reyes Culhuacán, C. P. 09800, Ciudad de México

PRÁCTICAS ESPACIALES DE MUJERES INDÍGENAS JÓVENES ANTE EL MIEDO, LAS VIOLENCIAS Y LA DISCRIMINACIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Jahel López Guerrero*

Resumen: El artículo aborda el miedo, la percepción de seguridad e inseguridad, las violencias y la discriminación en las experiencias espaciales de mujeres indígenas jóvenes para mostrar algunas prácticas cotidianas llevadas a cabo frente a este contexto en la ciudad. Los datos provienen de entrevistas realizadas a 21 colaboradas de pueblos nahuas originarios, comunidades residentes y migrantes indígenas en la Ciudad de México. Las jóvenes implementan un abanico de tácticas: desde negarse espacios-tiempos, el cuerpo y la identidad étnica, hasta confrontar tal hostilidad, incluso, rehusarse a pasar por víctimas, reivindicando su cuerpo, recuperando sus orígenes y su cultura en la ciudad.
Palabras clave: prácticas espaciales, mujeres indígenas jóvenes, espacio público, ciudad.

Spatial Practices of Young Indigenous Women in the Face of Fear, Violence and Discrimination in the Public Space of Mexico City

Abstract: The article addresses fear, the perception of security and insecurity, violence and discrimination in the spatial experiences of young indigenous women to show some daily practices carried out in this context in the city. The data comes from interviews conducted with twenty-one collaborators from native Nahua peoples, resident communities and indigenous migrants in Mexico City. The young women implement a range of tactics: from denying themselves space-time, the body and ethnic identity, to confronting such hostility, even refusing to pass as victims, reclaiming their body, recovering their origins and their culture in the city.
Keywords: spatial practices, young indigenous women, public space, city.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo se deriva de una investigación[1] realizada en la Ciudad de México con mujeres indígenas jóvenes, para conocer a partir de discursos, vivencias y prácticas espaciales concretas en su vida cotidiana, las formas en las que encarnan y hacen conciencia del derecho sentido[2] a ocupar el espacio público

* Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM. Doctora en Antropología, Investigadora Titular "A", Tiempo Completo, Definitiva. Investigadora Nacional, nivel I. Correo electrónico: jahellg@comunidad.unam.mx

[1] Intitulada "Mujeres indígenas jóvenes: el derecho sentido a ocupar el espacio público en la Ciudad de México".

[2] "Derecho sentido" se trata de una categoría antropológica para abordar la ciudadanía de las mujeres y otros sujetos que han quedado fuera de esta categoría política. Al respecto, la antropóloga feminista que pro-

urbano. Específicamente, se presenta la descripción de algunas prácticas espaciales que se identificaron a partir de las narraciones de 21 jóvenes indígenas que fueron entrevistadas entre febrero y junio de 2021, todavía en el contexto de pandemia, por lo que el trabajo de campo tuvo lugar en modalidad no presencial mediante una plataforma de aula virtual.

En una fase previa de la investigación creamos cinco grupos de debate y reflexión[3] en torno al conocimiento que las jóvenes indígenas tienen de los derechos que le son propios como parte de pueblos originarios, o indígenas, como mujeres y como jóvenes; los significados que tienen para ellas la ciudad, la vida urbana, lo rural, el espacio público y el espacio privado.

Pudimos constatar que las jóvenes indígenas conocen y reconocen un abanico de derechos que le son propios en el ámbito urbano, por ejemplo, el derecho a la identidad y a la cultura propia en la ciudad, como parte de los derechos colectivos de los pueblos indígenas, también haciendo alusión a las garantías y los derechos individuales, como el derecho a la educación o la salud. Por supuesto, estos derechos los han podido ejercer, aunque casi siempre en espacios acotados, pero, en general, la vivencia que tienen en y de la ciudad, del espacio público y de la vida urbana, está mediada por un sentimiento de ajenidad o de no pertenencia, así como por una percepción de distancia con la ciudad y el espacio público como espacio físico, geográfico, urbano y social, lo cual impacta en el ejercicio pleno de lo que se ha denominado como derecho a la ciudad (Lefevre, 1975 [1967]), aún en el marco de los avances jurídicos de reconocimiento de los pueblos indígenas urbanos.

Ante este panorama, surge la pregunta: ¿qué es lo que provoca a las jóvenes indígenas la sensación de ajenidad, no pertenencia y distancia con la ciudad, el espacio público y la vida urbana? Nuestro supuesto es que lo que provoca tales sensaciones son el miedo, la percepción de inseguridad, las violencias,[4]

pone esta categoría explica "[...] no es suficiente el enunciado de un derecho ni aun el conocimiento de esfuerzos, legislaciones concretas que lo avalan, sino que es preciso insistir en la necesidad de llegar al derecho sentido que interactúa con el derecho vivido. Se trata de una ciudadanía que implica derechos y obligaciones y que, al convertirse en una práctica social, abarca el abanico de distintos grados de experiencia, con lo que conlleva percepciones, sensaciones, emociones (Del Valle, 2010: 248)".

[3] Los grupos de debate y reflexión tuvieron lugar en 2019: uno con mujeres jóvenes nahuas originarias en la alcaldía de Milpa Alta, un segundo con mujeres jóvenes de los pueblos originarios de la alcaldía de Tláhuac, un tercero con jóvenes indígenas que migraron a la ciudad por motivos de estudio, y dos con mujeres de distintos grupos étnicos, incluyendo mujeres mestizas, residentes en una colonia ubicada en la alcaldía de Coyoacán.

[4] Es oportuno retomar la propuesta de las mujeres indígenas organizadas que

y la discriminación que experimentan en las distintas espacialidades que conforman la vida cotidiana de las jóvenes indígenas en la ciudad.

Nos propusimos, entonces, indagar junto con las jóvenes indígenas cómo los fenómenos antes señalados afectaban su vida, a la vez que pudimos dar cuenta de las prácticas espaciales que ponen en acción para enfrentar dichas situaciones, mediante una entrevista estructurada y la elaboración de mapas de relieve de la experiencia espacial[5] (Rodó y Estivill, 2016).

En este sentido fue oportuno retomar la teoría de las prácticas desde la perspectiva de Michel de Certeau (1996). El autor concibe las prácticas como las maneras de hacer de los dominados frente a un orden sociopolítico. En nuestro caso, ese orden sociopolítico es el de la ciudad, construida desde una perspectiva androcéntrica, colonial/capitalista y adultocéntrica, que esconde su sexismo, racismo/clasismo y adultismo en una pretendida neutralidad.[6] Por tanto, la finalidad de este artículo es abordar el miedo, la percepción de inseguridad, las violencias y la discriminación en las experiencias espaciales de las jóvenes indígenas, para luego mostrar algunas de las prácticas cotidianas que ellas implementan frente a este contexto.

El artículo se desarrolla en tres apartados. En el primero describimos la perspectiva metodológica que enmarca las reflexiones vertidas en este texto, lo que nos

enuncian en plural: "las violencias", porque advierten que en su experiencia no está presente únicamente la violencia de género, pues ellas viven un *continum* de violencias: estructural, cotidiana y extrema como resultado del racismo, la violencia y el despojo de los procesos de colonización, que no sólo obedecen a la colonización histórica, también al que ejerce el Estado y el sistema capitalista (Chirapac, 2013; Bonfil *et al.*, 2017,).

[5] "Los Relief Maps o Mapas de Relieves de la Experiencia son una herramienta metodológica pensada para estudiar las desigualdades sociales con una perspectiva interseccional relacionando tres dimensiones: la social (posiciones o identidades de género, clase social, etnicidad, edad, etc.), la geográfica (lugares de la vida cotidiana) y la psicológica (efectos sobre las emociones)" (recuperado de: <https://www.reliefmaps.cat/es/>). En nuestra investigación, esta herramienta fue adaptada para abordar la subjetivación del derecho, es decir, el derecho sentido. Además, se hicieron adecuaciones para trabajar con los mapas de relieve en modalidad no presencial. Cabe señalar que, si bien en este artículo hacemos uso de la información que se obtuvo de los mapas de relieve, la presentación amplia, particularmente, las representaciones gráficas, serán parte de una publicación posterior; aquí sólo hacemos uso de las narrativas de las respuestas a las entrevistas realizadas.

[6] Podemos ver reflejado este supuesto de neutralidad, por ejemplo, en el lema distintivo de cualquier gobierno de una ciudad. Para la Ciudad de México, actualmente es "Ciudad innovadora y de derechos". Otros lemas en los tres gobiernos anteriores han sido: "Decidiendo juntos", "Capital en movimiento", "Ciudad de la esperanza". No obstante, esta idea de una ciudad unificada se diluye rápidamente al dar cuenta de los usos posibles o imposibles que los dominados pueden hacer de la urbe, lo cual vuelve central el estudio de las prácticas cotidianas.

permite situar un proceso de investigación que resulta tan importante como los hallazgos surgidos del mismo. En el segundo apartado, a partir de las narrativas de las jóvenes indígenas presentamos un panorama general sobre cómo habitan la ciudad desde el género, la etnia y la edad, a partir del miedo y la percepción de seguridad e inseguridad; concluimos este apartado con un ejemplo de las violencias y la experiencia de discriminación que enfrentan las jóvenes indígenas, particularmente en el espacio escolar donde encontramos que se encarnan para ellas las vivencias de estos fenómenos. Finalmente, en el tercer apartado, a partir de la imagen de la "ciudad monstruo" describimos brevemente algunas de las prácticas espaciales de las jóvenes indígenas —rodar en bici, buscar espacios verdes y caminar la ciudad— que implementan ante el contexto hostil que la ciudad les ofrece, teniendo en cuenta el marco general de la teoría de las prácticas desde la perspectiva de Michel de Certeau.

PROPUESTA DE UNA INVESTIGACIÓN COLABORATIVA

El estudio se basa en la "investigación feminista (activista)" (Biglia, 2014), cuyo punto de partida es construir procesos respetuosos con las realidades que se investiga. En este sentido, es necesario "romper o tratar de romper" las relaciones de poder entre el sujeto que investiga y el sujeto que es investigado, es decir, no se considera a este último como un objeto pasivo; por el contrario, se le integra al proceso investigativo reconociéndole como "parte activa de la investigación", en tanto que es un sujeto de conocimiento de su propia experiencia cotidiana, la cual es valorada en términos epistemológicos y políticos. El conocimiento se genera, desde esta perspectiva, a partir de compartir y reflexionar sobre la experiencia personal para convertirla "en conciencia política [...] que abre la puerta al empoderamiento, a la búsqueda colectiva de soluciones" (Rodó y Estivill, 2016: 25).

En esta tesitura, las jóvenes indígenas fueron consideradas como personas con conciencia propia sobre la relación que tienen con la ciudad y el espacio público urbano, así como de las relaciones que establecen en las distintas espacialidades en las que participan cotidianamente. Además, nos interesó mostrar las formas de dominación / opresión que experimentan en el espacio público urbano, pero también fue importante dar luz sobre los mecanismos y formas de resistencia[7] para participar de forma activa en el espacio urbano.

[7] En palabras de Michel de Certeau, alumbrar sobre "la táctica" como "[...] un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo

En este sentido, se pensó en un método de investigación coherente con esta perspectiva en la que: *1)* el diálogo, *2)* la reflexión, *3)* el debate y *4)* el intercambio de experiencias, fueron los procesos metodológicos que consideramos importantes, y necesario llevar a cabo en una investigación en la que la generación de conocimiento se construye en una relación de co-labor entre el equipo de investigación[8] y las jóvenes indígenas, a quienes consideramos y tratamos como copartícipes en el trabajo.

Se propusieron tres técnicas de indagación: *1)* grupos de debate y reflexión, *2)* entrevistas y *3)* mapas de relieve.[9] Cada una de estas técnicas se diseñó en correspondencia con el objetivo general y los objetivos específicos, la caracterización del sujeto y la delimitación del lugar investigación.

El sujeto de investigación son las "mujeres indígenas jóvenes", quienes, en principio, se circunscriben a una categoría analítica que hace referencia a un sujeto histórico, social, económico y político, cuya condición social está marcada por la imbricación del sexo / género, la etnia y la edad. Estas categorías de clasificación social se ponen en juego en la vida concreta de quienes se autoidentifican o podemos identificar como mujeres / indígenas / jóvenes, pero también de acuerdo con el espacio social en el que se hacen

a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Lo 'propio' es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al contrario, debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a 'coger al vuelo' las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos 'ocasiones'. Sin cesar, el débil debe sacer provecho de fuerzas que le resultan ajenas" (De Certeau, 1996: L).

[8] Se conformó un equipo de investigación multidisciplinario (antropología, geografía, urbanismo, trabajo social, ciencias políticas, psicología, ciencias sociales, derecho, sociología y artes visuales), cuyos integrantes fueron cambiando a lo largo del proyecto, por eso nombramos distintos grupos: equipo inicial, en el que participaron tres investigadores, incluida la coordinadora de la investigación, 2 activistas, 8 estudiantes (licenciatura, maestría y doctorado) y 3 prestadoras / prestador de servicio social, encargándose del diseño de investigación, del guion de los grupos de debate y reflexión, así como de su aplicación y transcripción del material de campo; equipo 2020, se conformó por la coordinadora, 2 becarias y 7 prestadoras de servicio social, grupo que hizo una búsqueda y revisión bibliográfica y documental, también diseñaron el guion de entrevista y los ejercicios de los mapas de relieve, aplicaron un piloto y adecuaron el instrumento final; equipo 2021, participaron la coordinadora y 10 prestadoras / prestador de servicio social, que finalizaron la aplicación de entrevistas y mapas de relieve e hicieron las transcripciones del material. Finalmente, el equipo 2023, conformado por 4 investigadoras, quienes están encargadas de redactar, al momento de escribir este artículo, el libro, con los resultados de todo el proceso investigativo.

[9] Se llevaron a cabo de manera presencial en la primera fase de la investigación, en 2019. Las entrevistas y los mapas de relieve se hicieron juntos en modalidad no presencial en 2021.

presentes como tal. De modo que, en ciertas ocasiones y lugares, pesa más una categoría que las otras, pero, en general, las tres se conjuntan de manera compleja en la vida de las sujetas concretas, cuyas vivencias son heterogéneas, pero al ser analizadas conforman una experiencia social compartida.

Por tanto, mujeres indígenas jóvenes es también una categoría histórica y relacional, aunque su enunciación ha variado en el tiempo, en la propia organización del ciclo de vida, en las sociedades indígenas, en relación con la sociedad no indígena y con el Estado-nación.[10] En general, es una categoría que ha tendido a ser opacada o invisibilizada en el espacio social, en la implementación de políticas, pero también como interés de investigación.

De manera sucinta podemos explicar un conjunto de procesos que ha obstaculizado enunciar la categoría mujeres indígenas jóvenes en el contexto de la investigación y de incidencia política:

- Las mujeres todas han tenido un lugar subordinado en la vida social, incluso en los contextos indígenas, pero en la historia reciente han logrado cambiar su posición, ampliando o modificando sus formas de participación social, pero es hasta los últimos años que el movimiento feminista y el movimiento amplio de mujeres incluye a las niñas, adolescentes y jóvenes en sus demandas y propuestas.
- En el caso de las mujeres indígenas, en el marco de la lucha de sus pueblos también logran ser reconocidas como sujeto de derecho y político. Son ellas las que abren los espacios para incentivar la participación de las generaciones jóvenes en los espacios comunitarios, extracomunitarios, organizativos y políticos, aunque es importante mencionar que son ellas mismas quienes hacen presión para ser consideradas una parte activa del movimiento de mujeres indígenas.
- En un contexto más amplio, en el último siglo los jóvenes se conforman como un grupo social con características y necesidades particulares, pero es apenas en las últimas dos décadas que los jóvenes indígenas empiezan a participar en la escena de lo juvenil. No obstante, ni las jóvenes no indígenas ni las jóvenes indígenas son reconocidas plena-

[10] En observación de campo, en el contexto familiar y comunitario advertimos que pueden ser consideradas sólo como mujeres, o se hace alusión a su estado civil, mujeres solteras, pero con respecto a otros grupos de edad, son identificadas como jóvenes. En los espacios organizativos de mujeres indígenas son reconocidas también como "las jóvenes". La sociedad no indígena sólo las considera indígenas. Mientras que el Estado las incluye en la categoría indígena, o mujeres indígenas, o "los jóvenes indígenas". Las propias mujeres indígenas jóvenes reivindican la categoría "nosotras las jóvenes indígenas" o "yo como joven indígena".

mente como sujeto juvenil. En el primer caso, sólo han sido consideradas en segundo plano como acompañantes de los jóvenes varones, mientras que se reconoce que las jóvenes indígenas tienen una experiencia diferente a la de los varones indígenas jóvenes, pero no se detalla en qué consiste tal diferencia.

Debido a estos procesos, podemos afirmar que las mujeres indígenas jóvenes están en la base de la estructura social en razón del género, la etnia y la edad y, en muchos casos, de la clase social, por lo que la experiencia de ellas se plantea como una bisagra o una ventana que nos permite observar las tensiones y los conflictos a los que se han enfrentado las comunidades indígenas de y en la ciudad, al mismo tiempo que podemos dar cuenta de cómo los jóvenes en su diversidad de género, étnica, etaria y de clase, están participando en la construcción de la ciudad y de la ciudadanía indígena urbana.

En la misma línea argumentativa, la pertinencia de investigar de forma particular las experiencias de las mujeres indígenas jóvenes radica en que viven una realidad específica en relación con otros grupos y una discriminación múltiple. No obstante, las investigaciones suelen contemplar sólo dos dimensiones distintas: el género y la edad, o el género y la etnia, o la edad y la etnia. Sin embargo, es fundamental que las experiencias y problemáticas que viven las mujeres indígenas jóvenes se estudie bajo un marco propio, tomando en cuenta la imbricación de las distintas clasificaciones sociales que las atraviesan.

La Ciudad de México es el lugar de investigación. Encontramos en las 16 alcaldías que la conforman tres tipos de población considerada como indígena: *1)* pueblos nahuas originarios, *2)* residentes y *3)* emigrantes y desplazados.

Los pueblos nahuas originarios han podido conservar sus propios territorios, en un principio defendiéndolos del orden colonial, luego en los procesos de urbanización todavía hasta el presente. Lo cierto es que estos grupos poblacionales quedaron asentados en lo que hoy en día se considera las periferias de la ciudad, lo cual les obliga a trasladarse cotidianamente en condiciones difíciles de vías de comunicación y transporte a las zonas céntricas, donde se localizan los principales mercados laborales, comerciales, los servicios educativos, de salud y de recreación.

Las comunidades residentes, las personas emigrantes o desplazadas se asientan de manera congregada o dispersa en las zonas periféricas, en espacios intersticiales de las zonas céntricas urbanas (bodegas en desuso, predios o edificios abandonados), que incluyen el mismo centro histórico de la ciudad, barrios populares o de clase media y alta, donde conforman espacios y redes comunitarias que les permiten mantener el vínculo con las co-

munidades de salida y reproducir la vida comunitaria en la urbe.

Otra forma de asentamiento y distribución de la población indígena en la ciudad es la de una manera aislada: se trata de mujeres y hombres que pertenecen a cualquiera de los tres tipos de población descrita, que rentan viviendas de manera individual o compartida en múltiples puntos; en general, conviven con personas no indígenas. Destacan las mujeres, en esta forma de asentamiento aislado, principalmente jóvenes indígenas que se emplean en el trabajo doméstico remunerado, y que viven toda la semana o por temporadas en casa de sus empleadoras / es con poco contacto con su familia o comunidad.

Fueron consideradas como colaboradoras las mujeres indígenas jóvenes que se auto-identificaron como tal y que residían o habían habitado en alguna de las 16 alcaldías de la capital. Se les contactó mediante un cartel-invitación que se difundió mediante las redes sociales de quienes integramos el equipo de investigación. Dos de las colaboradoras habían participado previamente en la primera fase. Asimismo, una más de ellas fue la primera prestadora social del proyecto y otras más eran conocidas de diversos espacios por integrantes del equipo de investigación.[11]

Para el análisis de las respuestas que las jóvenes brindaron a las preguntas del guion de entrevista y de los ejercicios que corresponden a los mapas de relieve, cada entrevista se conformó como un caso. En este sentido, cada joven nos revela una perspectiva situada de la ciudad:

> [...] las ciudades se construyen con planos, calles, casas, parques, pero también con múltiples y diversas formas de vivir en ella [...] heterogéneas vivencias, itinerarios, imágenes, prácticas, en cuanto las personas van estableciendo vinculaciones con los espacios urbanos a través de procesos históricos, simbólicos, afectivos, perceptivos [...] las referencias espaciales están en la base de las nuevas reconceptualizaciones identitarias, ubicando a las ciudades como escenarios estratégicos para pensar la alteridad [...] han planteado una apertura a los procesos simbólico-culturales de la vida social [...] la necesidad de comprender la percepción, valoración y acción de sujetos históricamente situados (Soto, 2011: 9).

Los 21 casos se conforman como una muestra auto-seleccionada y no representativa, la cual estuvo integrada por jóvenes indígenas que compartían: *1)* estudios universitarios o de posgrado; *2)* experiencia de participación en redes, organizaciones o colectivos (en te-

[11] Cabe señalar que, en la aplicación de las entrevistas, se conformó un grupo de colaboradoras con estudios universitarios y en el momento de las entrevistas tenían acceso a internet y manejo de plataformas virtuales de comunicación.

mas de derechos humanos, género, juventudes y pueblos indígenas); *3)* experiencia en investigación académica, y *4)* un posicionamiento político y crítico de su identidad.

Otras características de las colaboradoras son las siguientes:

- Entre las ocupaciones señalaron ser estudiantes, empleadas, monitora / promotora, tallerista, consultora independiente, abogada, docente y comerciante.
- El rango de edad es de los 21 a 36 años.
- Dos jóvenes son nahuas originarias, 3 son residentes y 16 migrantes por motivos de estudio.
- Los pueblos de pertenencia son mixe, zapoteco, mixteco, otomí, nahua, purépecha y chinanteco.
- Los lugares de nacimiento son Oaxaca, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Morelos, Estado de México y Ciudad de México.
- Las alcaldías de residencia en Ciudad de México son Benito Juárez, Coyoacán, Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero, Iztapalapa, Miguel Hidalgo y Milpa Alta.
- El tiempo mínimo de habitar en la Ciudad de México es de 3 años, mientras que el máximo es de 28.
- La mayoría se identifica como heterosexuales.
- La mayoría de ellas rentan una vivienda.

Por medio de entrevistas individuales, abordamos el miedo, la percepción de seguridad e inseguridad, pero también pedimos a las colaboradoras identificar las violencias y la discriminación que han experimentado en la ciudad, particularmente en los lugares clave que señalaron por ser significativos o por el tiempo y frecuencia en los que permanecen en ellos. Mediante preguntas detonadoras se buscó que las jóvenes entrevistadas, a partir de sus características identitarias (sexo / género, etnia y edad), asociaran estos lugares clave con diferentes sensaciones y emociones, a la vez que les pedimos reflexionar sobre cómo se entrelazan con las dinámicas de poder.

Con la finalidad de homogeneizar el proceso de aplicación se diseñaron distintos instrumentos, los cuales fueron puestos en práctica en una prueba piloto con 10 jóvenes y, una vez realizados los ajustes pertinentes, se aplicó el guion definitivo a 11 jóvenes más. Se diseñaron en total los siguientes instrumentos: cédula de identificación de la colaboradora, guion de entrevista, ejercicios de mapas de relieve, guion instruccional. Los materiales adicionales fueron: consentimiento informado, infografía del guion instruccional, videos explicativos (ejercicio 1. Tabla de los lugares clave; ejercicio 2. Tabla de clasificación de los lugares clave; ejercicio 3. Gráfica de los lugares clave), formato de diario de campo y formato de transcripción de la entrevista.

Las entrevistadoras compartíamos con las colaboradoras la experiencia como habitantes urbanas,

ser parte o estudiantes de la universidad, ser mujeres o jóvenes, así como por mantener una posición crítica sobre la identidad de género de las mujeres, el clasismo y el racismo, lo cual facilitó una dinámica de horizontalidad y de espejeo, sobre todo de acompañamiento del equipo de investigación a las colaboradoras, cuando ellas compartieron situaciones y experiencias dolorosas. Con esto podemos decir que el involucramiento fue marcadamente necesario para sortear los obstáculos que nos impuso hacer este trabajo de campo en modalidad no presencial.

Con base en la lectura y revisión detallada de las transcripciones y en concordancia con el guion de entrevista, se establecieron como categorías los principales ejes analíticos que orientaron la elaboración de las preguntas: miedo, seguridad e inseguridad, violencias, discriminación, y a cada una correspondieron subcategorías: miedo a la calle, a la oscuridad / noche, al otro / al desconocido, a los hombres, a no ser visible / escuchada, a la delincuencia, a ser violentada; formas de afrontamiento al miedo, las violencias y la discriminación; identificación de violencias estructurales e interpersonales; definición, experiencias, identificación de causantes de discriminación. A cada categoría y subcategoría se les asignó un código para la sistematización de las entrevistas. A continuación, presentamos un panorama general de lo que encontramos a partir de este procesamiento de la información de campo.

HABITAR LA CIUDAD DESDE EL GÉNERO, LA EDAD Y LA ETNIA

Primero, se pidió a las jóvenes que seleccionarán los lugares clave en su vida diaria y luego que indicarán cómo se sentían en cada uno de ellos por su género, edad y etnia. En un segundo momento se solicitó clasificar estos lugares en cuatro opciones: *1)* lugares de bienestar o alivio, *2)* lugares de malestar, *3)* lugares controvertidos y *4)* lugares neutros. Finalmente, debían graficarse en un plano los lugares clave, según el nivel de bienestar o malestar con el género, la edad y la etnia.[12]

Hubo una coincidencia entre las jóvenes al identificar los lugares clave porque todas tenían una experiencia como estudiantes, así es que la escuela o la universidad fue uno de ellos. Otro lugar coincidente fue la casa, el hogar o la vivienda donde habitan o pasan mucho tiempo y, por último, el transporte público.

En cada uno de los lugares clave se hacía alusión a espacialidades más concretas: el salón de clases, la facultad, la biblioteca, la cafetería o comedor universitario, o algún espacio más específico, por ejemplo,

[12] En este artículo no se presentan las gráficas espaciales porque serán parte de una publicación posterior.

"las islas" del campus de Ciudad Universitaria de la UNAM, incluso, aunque no hubieran sido estudiantes de esa institución.

En relación con la casa, el hogar o la vivienda, este lugar podía hacer referencia a distintos lugares, de acuerdo al lugar donde han habitado o donde conviven con familia y amistades: la casa familiar donde crecieron; en el caso de las jóvenes migrantes, la primera casa en donde vivieron cuando llegaron a la ciudad, las viviendas compartidas con familiares o amistades, la casa de estudiantes, así como el lugar donde vivieron solas por primera vez, la casa de la pareja, de amigas o amigos.

En el caso del transporte público se indicaban distintas formas de transporte disponible en la Ciudad de México, por ejemplo, taxis, taxi en aplicación, bicitaxi, mototaxi, Sistema de Transporte Colectivo Metro, Metrobús, trolebús, microbús o combi.

Algunas de las jóvenes indicaron como lugares clave sus lugares de trabajo, de participación política en la universidad, o en grupos y colectivos organizados, así como bares, restaurantes, museos, centros comerciales, lugares de reunión de amigas y amigos. Otros lugares a los que hicieron referencia fueron los sitios donde podían reunirse con otros estudiantes de la escuela, con su familia, con personas de su comunidad o con más jóvenes de etnias o pueblos indígenas distintos al de ellas. Dos jóvenes residentes hicieron referencia a sitios emblemáticos de la ciudad: el Zócalo, el Bosque de Chapultepec, el Palacio de Bellas, el centro de Coyoacán y la Basílica de Guadalupe.

A grandes rasgos, ser mujer las hace sentir miedo e inseguridad en los lugares clave; destaca esta sensación en el transporte público, aunque hay espacios donde se sienten empoderadas y reconocidas por su género, por ejemplo, en el trabajo o en grupos y colectivos conformados por mujeres.

La edad las hace sentir vulnerables, principalmente en el transporte público. Coinciden, las colaboradoras, en sentirse por su edad, marginadas en la toma de decisiones; también sienten que sus opiniones son desvalorizadas desde la mirada adulta, por ejemplo, en la casa familiar o el salón de clases.

La etnia podía ser motivo de orgullo una vez que politizaron su pertenencia étnica y le dieron valor a su identidad y cultura, pero fueron recurrentes las experiencias de discriminación directa (en relaciones interpersonales en la vida cotidiana) e indirecta (por las normas y condiciones de infraestructura u organización de los espacios), por ejemplo, en los espacios institucionales de salud, de impartición de justicia, de acceso a servicios urbanos, la escuela y las distintas espacialidades asociadas a ella, en el trabajo, y el transporte público. Su condición étnica es motivo de discriminación porque se estereotipa y se racializa su fenotipo, su

forma de vestir, el uso de su lengua materna o la pronunciación del español, pero también por sus actitudes, formas de pensamiento, ideología, cosmovisión, que se orientan hacia el cuidado del ambiente, formas de conocimiento basadas a la vez en la experiencia individual y colectiva; en suma, priorizar la vida colectiva en vez de la vida individual y atomizada que impone la ciudad y lo urbano.

> El reconocimiento de que las otras personas están ahí [en la ciudad] como que cada quien piensa en sí mismo y en su bolita. "No me importa, me da igual la otra persona". A lo mejor si pensáramos más en las otras personas, aunque hubiera tanta gente no sería tan desagradable. Los colores con los que se puede pintar la urbe podrían contribuir a que el espacio se sienta mejor. Por ejemplo, en el Metro hay una sensación de un espacio indigno, como de que no hay manera que te sientas cómodo, cómoda en el Metro. Pienso que tiene que ver con los colores, con la limpieza. Mejorar esas cosas. Incluso, no sé por qué los asientos son tan X. No sé, si tantas personas pasamos tanto tiempo en el Metro, por qué no hacerlo más cómodo, menos cruel.[13]

En el contexto de la ciudad, una de las emociones que ha interesado abordar en los estudios sobre género y espacio es la percepción del miedo, especialmente en el espacio público, porque se trata de un fenómeno que presenta una impronta de género; son las mujeres quienes suelen ser socializadas para tener miedo en el espacio público, lo cual repercute en la manera en la que se relacionan con los lugares que lo conforman; para los hombres, no obstante, el miedo es una emoción que tienen prohibido expresar, aun cuando sientan temor. Por tanto, el miedo nos permite observar la organización de género, particularmente el impacto que provoca esta emoción en el uso del espacio.

Ahora bien, el género es un ordenador social de poder que sólo puede ser comprendido en concatenación con distintas formas de organización y de relaciones de poder. En este sentido, abordar el miedo también nos permite matizar las experiencias espaciales a partir de la concatenación / interseccionalidad / interrelación / imbricación de los sistemas de opresión que se manifiestan en un contexto y tiempo específico. Indagar sobre el miedo de las personas en sus espacios significativos y en las espacialidades en general, que se construyen en el espacio urbano, nos lleva a cuestionarnos sobre temas de seguridad / inseguridad, violencias y discriminación; fenómenos que también poseen un marcador de género, etnia, edad, clase, raza y otras. Paula Soto señala que,

> [...] la experiencia de la ciudad no sólo se reduce a la materialidad, sino que considera las emociones,

[13] Entrevista 5, LHC, 31 años, *hñahñu*.

> sentimientos, recuerdos, sueños, miedos y deseos de los sujetos como ejes de la experiencia espacial individual y colectiva [...] la diversidad de espacios vividos, la superposición de percepciones y la posibilidad de simbolizar van íntimamente ligadas a procesos emocionales que dan lugar en nosotros a sentimientos o emociones agradables o desagradables, transformando al espacio en un depositario de significados [...] la idea de representación espacial ayuda a la indagación sobre temas como el sentido del lugar, el paisaje, la violencia y el miedo (Soto, 2011: 21).

Para comprender las restricciones, obstáculos y posibilidades que las jóvenes indígenas enfrentan para acceder a los beneficios y servicios que proporciona la ciudad, identificar el miedo "resulta determinante en la capacidad de moverse" (Soto, 2011: 15).

Con la finalidad de abordar el miedo, pedimos a las colaboradas que nos compartieran en qué situaciones lo sentían, e hicimos preguntas acerca de su percepción de seguridad e inseguridad, así como las emociones vinculadas con una y otra, además les pedimos algunas propuestas para aumentar la seguridad y disminuir la inseguridad. Lo que notamos al revisar las respuestas es que, en general, hay coincidencia sobre lo que provoca en ellas la percepción de seguridad o inseguridad entre los tres grupos con los que trabajamos, a saber: nahuas originarias, residentes y migrantes.

Es preciso concebir la seguridad a partir de entender los rasgos constitutivos de la inseguridad: riesgo real (dimensión objetiva) y riesgo percibido (dimensión subjetiva); en ambas dimensiones, el miedo / temor está presente, pero en el segundo caso su manifestación y posible comprensión se torna compleja porque el sentimiento de inseguridad no se reduce al temor de ser víctima de una agresión personal, ya que según la posición social, otros temores aparecen para aumentar la incertidumbre y malestar que perturba a las personas de manera individual y la vida social en su conjunto en el momento actual.

Podemos decir, entonces, que la inseguridad se conforma por los siguientes elementos:

1) El peligro concreto de ser víctima de amenazas, agresiones y violencia.
2) La ruptura de códigos de convivencia.
3) La falta de cuidado del espacio urbano: en términos de mantenimiento e infraestructura y de ausencia de la fuerza pública.
4) El sentimiento de inseguridad que provoca que un espacio no esté cuidado y que haya sido abandonado por la ciudadanía.
5) El miedo, sentimiento subjetivo que va más allá de un lugar específico que produce miedo (Comisión Europea, 2006)

En general, para las jóvenes colaboradoras la seguridad está asociada con el conocimiento de los espacios y de las personas que hacen parte de ellos. Coinciden también en que estén iluminados, particularmente por la luz del día; que estén limpios y cuidados, y que haya personas, especialmente otras mujeres, pero sin que haya aglomeraciones. Prefieren los espacios abiertos y que tengan áreas verdes o con vegetación.

Recuperamos el siguiente relato en el que una de las colaboradoras nos indica qué hace seguros los lugares que son significativos para ella. Consideramos que su relato sintetiza distintos elementos que se suman a los aspectos más generales que dan seguridad, los cuales apuntan a lugares que construyen sentimientos de pertenencia, identificación y comunidad; importante, también, señalar en el relato la mención a la posibilidad de manifestar una cosmovisión o una espiritualidad:

> Yo creo que lo que los hace seguros es que hay más mujeres alrededor de mí y conmigo; pero también yo creo que tiene que ver con una cosa como de pertenencia o de identificación; no sé, sentido de comunidad tal vez. Que el bosque y la nopalera para mí son espacios no únicamente que me dan sustento, sino también son espacios espirituales. Son espacios que yo los considero como medicina. Y creo que toda la espiritualidad que ocurre en el bosque y todo lo que conlleva trabajar el campo, hace que sienta que son espacios en los que puedo estar tranquila. No sé cómo explicarlo; tal vez para conceptualizarlo podría decir que es una cosa espiritual. Y también yo creo que son espacios que conozco, que puedo reconocer fácilmente.[14]

Por otra parte, la inseguridad en los espacios urbanos se asocia con la oscuridad, específicamente con la noche, los lugares y las personas desconocidas, que estén sucios, descuidados o con basura, que no haya señalización para saber la ubicación.

Las jóvenes colaboradoras coincidieron en que estar solas en los espacios (sin personas conocidas alrededor o acompañándolas) marca la sensación de temor. Prefieren estar acompañadas por mujeres y por hombres conocidos. Con las primeras no desaparece el miedo, pero éste se distribuye por la compañía de unas a otras. A los varones conocidos se les asocia con una imagen protectora, pero a los desconocidos como peligrosos.

> En la Ciudad de México algo que me hace sentir muy insegura es que no sabes qué personas son con las que estás hablando, o qué ideas, o qué pensamientos, o qué pueden hacer contigo. Yo nunca logré relacionarme de manera afectiva, de amistad con personas que eran originarias de la Ciudad de México;

[14] Entrevista 3, DMC, 26 años, nahua originaria.

> siempre me relacioné mucho con amigos que igual eran migrantes, que igual eran de Oaxaca, o de otros estados, a lo mejor porque teníamos experiencia compartidas, pero realmente nunca pude hacer enlace porque nunca sentí confianza. Sentí que ellos tenían como otras ideas, otra perspectiva de la vida, aparte de que también, pues yo tenía otra visión.[15]

El miedo a la agresión sexual en el espacio urbano fue puesto de manifiesto por todas las jóvenes entrevistadas; algunas describieron experiencias de acoso callejero. La violación sexual en la calle es un miedo permanente que se presenta en las mujeres, y las jóvenes indígenas no fueron excepción; por supuesto, también hablaron del temor al asalto, robo y, particularmente, al secuestro, no asociado a que puedan pedir algún rescate para salvar su vida; más bien el temor se orienta a que alguien las secuestre para introducirlas en el tráfico de órganos y en la trata con fines de explotación sexual, pues consideran que por su edad (ser jóvenes) son vulnerables a vivir estas violencias.

> Hay algo que a mí me da mucho miedo, me causa mucho temor. Tal vez yo lo relaciono mucho con la edad, y es el hecho de violación, o de que a mí me violen. Siento que a mi edad soy más vulnerable, a diferencia de una niña, que no digo que no pase, pero siento que puede ser más frecuente en una adolescente o joven a diferencia de una señora. En esa parte de los 18 a los 30 o hasta los 40 [años], se me hace como muy vulnerable para una mujer. De alguna manera me hace pensar que, digamos, si yo tuviera 50 años, siento que esa parte como que se reduciría.[16]

En el siguiente relato se puede observar una especificidad de las jóvenes indígenas en la percepción de inseguridad en el espacio urbano, la cual refiere a ser posicionadas por los habitantes urbanos como "otredad", como representantes de la alteridad, de lo diferente racializado.

> Cuando llegué [a la ciudad] yo me sentía como observada. Sentía que me veían porque yo no era de ahí. En mi familia yo soy la más morena, entonces, cuando vengo a este espacio, cuando paso a la prepa y después a la universidad, son como rasgos muy armados en mí, y siento que, como las personas me ponían más atención por eso, entonces, hubo espacios en donde me sentía como aislada. Luego en el Metro, o bueno, en el transporte, así como "la veo y me voy como otras dos sillas atrás" ¿no?[17]

Violencias y discriminación son las dos caras de la desigualdad; además, ambos fenómenos violan

[15] Entrevista 12, AKVH, 22 años, *ayuujk*.

[16] Entrevista 1, FAAP, 28 años, chinanteca.

[17] *Idem*.

el principio de igualdad de derechos y del respeto de la dignidad humana. Por un lado, la violencia se ejerce en relaciones desiguales de poder (de género, edad, clase, raza, etnia) como una acción u omisión intencionada para causar distintos tipos de daño. Cabe señalar que la violencia se reproduce porque se construyen mecanismos que la justifican y la normalizan, aunque cause mucho sufrimiento (Bonfil *et al.*, 2017).

Por otro lado, la discriminación es una forma de trato que tiene como finalidad deshumanizar a una persona o grupo, utilizando sus características para tratarla como inferior e impedir que ejerza sus derechos. Puede observarse en el trato directo entre las personas o de forma indirecta cuando se diseñan y organizan los espacios, el tiempo, las normas y leyes, sin reconocer la diversidad, las diferencias y las desigualdades que existen entre personas y grupos en un ámbito o sociedad, todo lo cual impide que sean considerados como equivalentes y puedan ejercer sus derechos de manera plena (Rodríguez, 2006).

Ahora bien, en el caso de las mujeres indígenas, las violencias y la discriminación se traslapan en su vida cotidiana debido al racismo, la situación de pobreza y el despojo, identificando tipos específicos de violencia como son maltrato, agresión y exclusión en los ámbitos familiar, doméstico, personal, comunitario, laboral, y en la relación con la sociedad no indígena, sus espacios y sus instituciones.

Un espacio clave para las colaboradoras que entrevistamos es la escuela. Hay un *continuum* de violencia desde que son niñas en la escuela básica, hasta que están en los espacios universitarios en la ciudad. En las narraciones de las colaboradoras abundan las situaciones violentas que han tenido que enfrentar en el espacio escolar, pero retomamos el de una de ellas que nos narra cómo ha sido su experiencia en la universidad. Ella afirma que lo que vivió no fue violencia de género, fue "violencia discriminatoria", lo que ejemplifica la idea del cómo para las jóvenes indígenas, violencias y discriminación se traslapan en su experiencia. También podemos observar en su relato los tipos de violencia que enfrentan como mujeres indígenas.

"Exclusión":

> Mis compañeras de la facultad, hasta el día de hoy, nunca me incluyen en los trabajos en equipo. Los profesores me decían "no lo tomes tan a pecho", pero yo veía que las chicas se llevaban muy bien, iban a beber juntas, salían de fiesta y a mí nunca me invitaban. Mis compañeras se reúnen cuando yo trabajo. Nunca me invitaban a los grupos, las fiestas y salidas que hacían. Nunca me sentí parte de la comunidad de mi carrera. Comentaban: "Ay K., tú eres de Oaxaca, allí ni siquiera hay carne, ni siquiera hay luz".

"Maltrato y violencia de género":

En el primer semestre de la "uni", unas niñas y digo unas niñas porque en verdad es de niñas, me quitaron mi credencial de elector, sacaron varias copias y las pegaron en el salón con un letrero que decía "Se busca por oaxaqueña y por chaira". Eso me hacía sentir muy mal. Me escondían la mochila. Tomaron mi teléfono y cambiaron el estado de mi *WhatsApp*, diciendo "saquen los *packs*"; yo no sabía ni siquiera qué eran. Las cuestiones sexuales las empecé a conocer aquí en la Ciudad de México, nunca en Oaxaca. Ellas siempre hacían chistes muy sexuales, para mí la sexualidad es algo diferente.

"Discriminación":

También escuché muchas veces los comentarios de mis compañeros diciendo: "es que ella es de pueblo y se siente de ciudad", "es que ella siempre tiene la misma ropa", y sí, tenía la misma ropa porque sólo me alcanzaba para sobrevivir, pagar la renta y pagar la comida. Los profesores nunca se preocuparon por interpretar mi cultura. Siempre era yo la que me tenía que integrar, la que estaba mal. Siempre me sentí muy triste. De hecho, por esas cuestiones me salí un semestre, por lo que me hacían estas compañeras. Después de esos sucesos, me la pasé muy alejada de mis compañeras. Lloré muchas veces, sobre todo en la pandemia porque yo me regresé a vivir a Oaxaca y pues realmente allá no había luz.

"Violencia estructural":

Mi familia vive en una zona donde no hay luz eléctrica y trabajamos con paneles solares. Tuvimos que aventarnos una lucha muy fuerte para tener luz eléctrica, para que nosotros estudiáramos. Yo les comentaba a mis compañeras y ellas no me tomaban en cuenta, me sacaban de los equipos, sin tomar en cuenta que yo tenía que viajar media hora para llegar a un lugar que tuviera luz y que tuviera internet, sobre todo. Luego tenía que regresar a mi casa a trabajar, pues trabajamos toda la familia para mantenernos.[18]

Ante estas situaciones se pudieron apreciar varios impactos de estas violencias y de la discriminación en la vida de las jóvenes en su paso por la escuela: bajo rendimiento escolar, desánimo para continuar sus estudios, abandono o pausa de los estudios, como se menciona en la narración. Enfrentan limitaciones económicas y situaciones emocionales como enojo, tristeza, miedo. Algunas expresaron sentir vergüenza de su identidad étnica. Sin embargo, frente a este contexto, las jóvenes oponen resistencia, hacen conciencia de su situación, de su identidad, porque también es posible en la ciudad

[18] Entrevista 12, AKVH, 22 años, *ayuujk*.

encontrar contextos que las favorecen, y que ellas aprovechan para salir adelante como mostramos a continuación.

PRÁCTICAS ESPACIALES DE LAS JÓVENES INDÍGENAS EN LA CIUDAD

Consideramos oportuno, para la elaboración del presente artículo, acudir a la teoría de las prácticas desde la perspectiva de Michel de Certeau (1996), desarrollada en gran parte en el primer volumen de la obra *La invención de lo cotidiano. 1: Arte de hacer*, en la que el autor nos presenta de manera detallada, amplia y compleja su propuesta.

Orientándonos por la presentación escrita por Luce Giard (1996), discípula e integrante fundamental del grupo cuyo trabajo investigativo provee los insumos empíricos en los que se sustenta el libro, así como de la minuciosa lectura de Rossana Cassigoli (2016) sobre la obra de este autor, pudimos aproximarnos a la teoría decerteana sobre las prácticas, la cual, en principio, nos ofrece un método para describir, comparar y diferenciar actividades que son propias de la vida cotidiana, y que han sido denominadas bajo la noción de prácticas, o, en palabras del autor, "las maneras de hacer" de "los practicantes" que tienen "una condición de *dominados* (lo que no quiere decir pasivos y dóciles)" (De Certeau, 1996: XLII).[19]

Las "maneras de hacer" han tenido menor interés dentro del conocimiento de la vida social en relación con las "maneras de pensar" y a las "maneras de decir". No obstante, señala el autor: "Hay que volverse de cara a estas prácticas, a aquella proliferación diseminada de creaciones anónimas y perecederas, que no se capitalizan pero hacen vivir" (De Certeau, 1996: 18, en Cassigoli, 2016: 5).

Además, el autor también nos propone un esquema metodológico para abordar las prácticas desde un marco epistemológico compartido con la propuesta de investigación descrita a lo largo de este texto. Primero, porque propone "una práctica observadora y comprometida" en el quehacer antropológico (De Certeau, 1996: XXV, en Cassigoli, 2016: 1) con la que coincidimos. Segundo, porque propone el estudio de las prácticas como un objeto de conocimiento válido para la ciencia, aunque se trata de "actividades por naturaleza efímeras, frágiles y circunstanciales". De Certeau nos propone pensar las prácticas cotidianas de lo que él denomina "consumidores" y que "son de tipo táctico" (Giard, 1999: XVIII, en Cassigoli, 2016: 2).

De acuerdo con este autor, las prácticas son reconocibles "en el uso de la lengua y el espacio, en las

[19] Las cursivas son del autor del presente artículo.

maneras de cocinar y habitar" (De Certeau 1995b: 49, en Cassigoli, 2016: 2). No opone las prácticas a la teoría, más bien considera que ambas son prácticas con operaciones diferentes: las primeras son no discursivas y la segunda son "prácticas articuladas en el discurso" (Cassigoli, 2016: 6).

Frente a una visión totalizadora de la "ciudad planificada y legible" como "*concepto*", De Certeau nos advierte de las

> [...] prácticas del espacio [que] remiten a una forma específica de *operaciones* (de "maneras de hacer), a "otra espacialidad" (una experiencia "antropológica", poética y mítica del espacio), y a una esfera de influencia *opaca* y *ciega* de la ciudad habitada (De Certeau, 1996: 105).[20]

A partir de estas ideas decerteanas revisamos las narraciones de las colaboradoras y nos encontramos en tres de ellas con una metáfora interesante, que revela el significado que la ciudad tiene para las jóvenes indígenas, especialmente para las que no nacieron y crecieron en ella. Presentamos a continuación las tres menciones:

> Cuando llegué a vivir a la Ciudad de México tenía 18 años. Para mí, realmente era un monstruo la Ciudad de México. Cuando se hacía de noche yo ya no salía porque tenía mucho miedo y sentía que me iban a matar, sentía que me iban secuestrar, o no sé muchas cosas. Fue muy complicado para mí porque no tenía los medios, no tenía las herramientas. Nunca nadie llegó y me dijo, "oye así se puede, así se ocupa *uber,*"[21] o no te subas a estos taxis o vente de este lado. Fueron como cosas que aprendí sola.[22]
>
> Pienso que generalmente cuando andaba en el espacio público siempre me estaba cuidando, siempre me cuidaba de algo. No estoy segura de qué, pero esta cosa de que la ciudad es un monstruo, pues es muy real. Entonces terminas agarrándole cariño y sabes por dónde, pero de alguna manera como que no te acabas de sentir del todo cómoda.[23]
>
> Cuando yo llegué a Ciudad de México, la primera vez, tenía 22 años, era muchísimo más joven. Era la primera vez que salía del lugar donde yo nací. Mi forma de vivir en la ciudad era mucho más insegura. No sabía en ese momento a lo que yo me estaba enfrentando. Es que la Ciudad de México, la verdad, puede llegar a ser un caos, un monstruo que hay que domar. Ahora, sí me siento al habitar la ciudad más segura porque ya la conozco, sé moverme.[24]

De Certeau también nos propone un "concepto operativo de la

[20] *Idem*.

[21] Taxi de aplicación.
[22] Entrevista 12, AKVH, 22 años, *ayuujk*.
[23] Entrevista 5, LHC, 31 años, *hñahñu*.
[24] Entrevista 14, PXB, 32 años, nahua.

ciudad" como discurso, en el que ocurren tres operaciones: *1)* produce o inventa "un espacio *propio*", *2)* un "no tiempo" y 3) crea "un *sujeto universal* y anónimo que es la ciudad misma" (De Certau, 1996: 106). En relación dialéctica con este discurso están las prácticas cotidianas, el espacio vivido por un conjunto de singularidades, que con sus pasos van dejando huellas que "Tejen los lugares" que conforman "sistemas reales cuya existencia hace efectivamente la ciudad" (De Certeau, 1996: 109). Así entonces, nos propone el autor dos instrumentos: "un mapa urbano" de los caminantes "para transcribir sus huellas" y "sus trayectorias", para indicar por donde pasan y por donde no (De Certeau, 1996: 109), identificando "los atajos, desviaciones e improvisaciones del andar". Los resultados son convertidos en recorridos que se enuncian como:

1) Valor de verdad: algo que es necesario, posible, imposible o contingente.
2) Valor de conocimiento: de lo cierto, de lo imposible, de lo posible o de lo contingente.
3) Valor de un deber hacer: de lo obligatorio, de lo prohibido, de lo permitido o de lo facultativo (De Certeau, 1996: 111-112).

El relato de una joven nos permite asomarnos a una de las maneras de adaptación a la ciudad, proponiendo, al mismo tiempo, un cambio en "las maneras de hacer", de habitarla.

> Hubo cosas que yo no estuve dispuesta a hacer. Una vez me pasó, se me hizo tan evidente mi poca capacidad de habitar la ciudad de esa manera. Me pasó que yo vivía en San Andrés Totoltepec y trabajaba hasta la Anáhuac Norte que estaba cerca de Tecamachalco, Interlomas. Entonces yo tenía que salir muy temprano porque me hacía bastante tiempo. Una vez, yo quise tomar un camión de ahí de San Andrés para ir al Metrobús, al Metro. Había mucha gente, la cosa es, ustedes saben ¡Súbete! No importa cómo. Pero yo no tengo esa habilidad de decir "¡Quítense que ahí voy!" Yo suelo respetar a la gente. No voy a empujar a nadie. No voy a tener estas actitudes como de individualidad porque nunca he podido tenerlas. Me acuerdo que una persona puso su mano, pues como yo no reaccionaba, puso su mano para que yo no me subiera y dejó subir a toda su familia y al final se subió él y a mí me dejó ahí, paralizada. Lo que yo pensé para mí fue "Yo no tengo la habilidad de vivir así. Yo no puedo, no puedo pelear por eso. No quiero. No sé hacerlo". Entonces, lo que hice fue que me paré una hora antes y tomaba un camión que pasaba justo enfrente de mi casa. No tenía yo que pelearme con nadie. No tenía que yo empujar a nadie. Pero, claro, tenía que usar yo una hora de mi sueño, digamos, para poder yo hacer ese

> proceso, pero fue una manera de adaptarme. Aunque debo de reconocer que nunca pude adaptarme a ese estilo de la ciudad de rapidez y de inmediatez, de primero yo y no me importan las demás personas. Cambia tu manera de habitar la ciudad.[25]

Un punto muy importante que nos llevó a tomar la decisión de acudir a la teoría decerteana, es la importancia que le da a los inmigrantes y a las minorías étnicas para el análisis de las prácticas. Cassigoli explica de la siguiente manera por qué:

> La figura del migrante, o el "minoritario", exacerba el paradigma de la resistencia a la asimilación cultural. El alejamiento de las bases referentes, la adopción obligatoria de códigos administrativos y habituación a un nuevo espacio, se traducen en toda una gama de tácticas o maneras de reutilizar con fines propios el orden impuesto y arbitrario de las cosas (Cassigoli, 2016: 7).

Las "maneras de hacer" de estos grupos "aglutinarían procedimientos de orígenes heterogéneos". Por ello, la reconstrucción de la memoria se vuelve una dimensión indispensable en el análisis de las prácticas; es un fragmento de la memoria donde se advierte la relación de una situación presente con "un patrimonio disperso", y con "las vías múltiples del porvenir". De tal suerte que, "en el 'hacer cotidiano', radicaría, en el pensamiento decerteano, una clave inexplorada para la apertura hacia el sentido de la emancipación personal y política" (Cassigoli, 2016: 8).

En este sentido, advertimos un conjunto de prácticas que las jóvenes colaboradoras llevan a cabo para enfrentar precisamente desde su condición de migrantes y de minoría a la ciudad monstruo, en la que experimentan sistemáticamente situaciones hostiles, violentas y discriminatorias. Se consideró pertinente para este artículo mostrar tres prácticas que consideramos relevantes en las narraciones de las colaboradoras, pues de algún modo ejemplifican lo que plantea De Certeau acerca del migrante en la urbe: *1)* el uso de la bicicleta, *2)* la búsqueda de espacios verdes o de "naturaleza" en la ciudad y *3)* caminar la ciudad.

En el proceso de urbanización de la Ciudad de México, el uso de la bicicleta estuvo mayormente vinculado con los sectores populares, siendo considerada sobre todo una herramienta de trabajo para quienes se dedicaban a oficios de servicios en los barrios populares. En ese mismo contexto, para generaciones pasadas era más bien "un juguete" preciado por las infancias, incluso, marcaba un estatus de clase entre niños que tenían acceso a una propia para fines recreativos y quienes sólo podían montarla unos momentos sí alguien se compadecía

[25] Entrevista 5, LHC, 31 años, *hñahñu*.

de prestárselas o, en peor caso, sólo podían mirar al afortunado que sí contaba con una en propiedad. Además, su uso estaba marcado por el género. Eran los niños y los varones quienes tenían total permisividad de aprender a montar y conducir ese artefacto, siempre imponiendo a las niñas más restricciones para poseer una y hacer uso de ella.

Recientemente, la bicicleta se ha considerado un vehículo alternativo para la movilidad en la ciudad, con la finalidad de revertir los problemas ambientales y de tránsito que trajo consigo el modelo centrado en el uso del automóvil. En este nuevo contexto de su uso, de nuevo se observa una impronta de género que marca diferencias entre hombres y mujeres, en principio, sobre la cantidad de ciclistas de uno y otro sexo; se sugiere en algunos conteos que el 70% son varones en la Ciudad de México (Díaz, 2017). Intuyendo este dato, resultó importante recuperar los relatos de una de las jóvenes colaboradoras, quien nos compartió algunas de sus experiencias en este vehículo.

En particular, en esta entrevista las emociones estuvieron a flor de piel; la joven vivía en ese momento en su comunidad, en la casa materna. Pocos meses antes su madre había fallecido. El relato nos lleva por los recuerdos de la señora, se reconstruye la biografía, el tiempo y los espacios son un vaivén entre el pasado y el presente, entre la casa familiar, la comunidad y la ciudad, entre antes de la pandemia y la experiencia álgida de tratar de mantener el confinamiento.

"La bici" fue mencionada una docena de veces en el transcurso de la entrevista, lo cual nos lleva a pensar su importancia en la vida cotidiana y en la experiencia de la muchacha. Si bien el transporte público fue un lugar clave para la mayoría de colaboradoras, por pasar mucho tiempo ahí, y por experiencias de diverso tipo, especialmente violencias y tratos discriminatorios, la bici" fue mencionada por esta joven "para relatar experiencias afectivas y espaciales, por supuesto, también de miedo y violencia. De suerte que nos permitimos reconstruir y presentar algunas narrativas de esta colaboradora alrededor de "'la bici'".

1) Recuerdo que mi mamá siempre estaba muy preocupada por mí, por mi salud, porque estuviera bien. En aquellos días, justo también la intención fue estar allá porque iba a visitar a un huesero para que me sobara la espalda porque había yo tenido un accidente en bici.
2) También mis amigas me hacen sentir segura. [Una de ellas] no tiene mucho que la conozco. La conocí en la facultad hace unos meses, poquito antes de que pasara esto de la pandemia y pues ha sido muy bonito también haberla conocido porque justo ella anda en bici; yo también ando en bici. Es como poder decirle "Oye, ya salí de la fac[ultad]. Oye, ya llegué a mi casa, oye, ya esto",

como el mantenernos cuidadas, estarnos cuidando.

3) Hace unos días salí a rodar porque yo estaba bien estresada del semestre; así de verdad mi cuerpo decía "o me sacas o exploto", pero obvio con muchísimo cuidado: cubrebocas, careta, así todo. Había un *güey*, estaba yo sobre la avenida y se me repegó con su carro. ¿Lo puedes creer? Me asusté un montón, fue así de "¿qué pedo?" Y yo dije: "¡ya no quiero rodar!" Porque se incorporó a la avenida y, justo, se pone el semáforo rojo. Entonces, pues como que pedaleo un poquito despacio, pero fue el semáforo más tardado de mi vida. El chiste es que tampoco me podía ni detener o bajar porque estaba sobre la avenida. Era riesgoso. Dije "¡chin! Pedaléale otra vez". Con el miedo, con el enojo de que te vuelva a insinuar algo. Traté de reaccionar rápido, medio me orillé, atravesé banquetas y ya. El chiste es como que quise salir de ahí. Y digo: "¿hasta qué punto? Ahora hasta en bici, o sea ¡neta!, en bici puedo llegar a correr riesgo de que algo me pase". ¡No sé! Me hubiera atropellado. Te imaginas un buen de cosas. Precisamente, ya hasta andando en bici me siento insegura.

4) ¿Identificas que no has podido ejercer alguno de tus derechos por la discriminación? "La libertad de andar en bici [...]". Con esto que pasó con la bici, por ejemplo [me pregunto] ¿qué derechos existen para los ciclistas en la Ciudad de México? ¿Hay alguna ley, un plan de movilidad? En particular, sobre las mujeres ¿cómo moverse en los espacios públicos? ¿Cómo transitar en tu bici sin ese temor de que te vayan a acosar?[26]

Para cerrar este último apartado, por cuestiones de espacio sólo recuperamos algunas frases de las colaboradoras sobre la búsqueda de espacios verdes y una experiencia positiva de caminar la ciudad:

> [...] Donde yo vivo no hay muchos espacios verdes o que queden cerca, por eso busco ir a CU [Ciudad Universitaria] para tener contacto con la naturaleza [...] Antes de la pandemia cuando no me sentía muy bien, siempre trataba de ir como a espacios verdes como el jardín botánico [...] Me hace sentir segura que haya otras mujeres, también las áreas verdes [...] Puedo identificar que yo me sentía más segura en áreas abiertas, así como verdes donde había árboles
>
> [...] Un espacio en el cual me gusta estar es cualquier otro espacio que tenga que ver con la naturaleza [...] Yo conozco Ciudad de México justo porque he caminado muchas veces por sus calles. Cuando recién llegué yo caminaba antes de tomar un transporte. Caminar me ha dado una apropiación del espacio distinta, aunque yo no soy originaria de la

[26] Entrevista 9, VZBR, 21 años, mixteca.

> ciudad [...] Me sentía segura porque yo sabía caminar de noche en esas calles [...] Caminar en el Bosque de Chapultepec me gusta mucho, me hace sentir libre.

Los espacios verdes, entre otras memorias, remontan a las jóvenes a la ruralidad, un lugar que permite estar alejadas de la vida urbana, del asfalto. Sin embargo, la percepción de peligro acompaña siempre su búsqueda de la naturaleza, del bosque, de los árboles. Sucede lo mismo con caminar en las calles de la ciudad. Podemos afirmar que la calle, junto con la noche son el espacio-tiempo que más temor causa a las mujeres, incluidas las jóvenes colaboradoras. No obstante, la acción de caminar permite en ciertas circunstancias un disfrute de la ciudad, convirtiéndose en una forma de apropiación efímera del espacio urbano, lo cual resaltó gratamente entre las narraciones que sistemáticamente aludieron a situaciones de miedo, violencias y discriminación relatadas por ellas, indicando con ello el derecho sentido a ocupar el espacio urbano de la ciudad.

REFLEXIONES FINALES

Ante el miedo, la percepción de inseguridad, las violencias y la discriminación, las mujeres indígenas jóvenes van implementando en la ciudad un abanico de tácticas que van desde negarse espacios-tiempos, el cuerpo y su propia identidad étnica, hasta confrontar tal hostilidad, incluso, rehusarse a pasar por víctimas, reivindicando y recuperando su cuerpo, el espacio urbano, sus orígenes y su cultura.

En los relatos compartidos por las colaboradoras se expresa el dolor, la frustración, el enojo, la tristeza que el miedo, la inseguridad, las violencias y la discriminación traen consigo, tanto aquéllas que son estructurales y las que ocurren en las relaciones interpersonales donde constantemente se ejercen poderes de dominio y opresión que siempre están vinculados con espacios y lugares físicos y simbólicos.

Las jóvenes indígenas oponen resistencia a partir de prácticas concretas en el espacio, en las formas de relacionarse, en su entusiasmo por formar parte de proyectos de cambio, que contradicen la idea de que las nuevas generaciones no participan en lo político, o que no crean formas de acción política, aunque lo cierto es que casi siempre lo hacen fuera de los circuitos políticos institucionales. Las jóvenes colaboradoras son un botón de muestra de que esto no es así. Con el apoyo familiar, la construcción de redes, con el reconocimiento de sus ancestros, la revaloración de sus prácticas comunitarias, la recuperación / reproducción de su cultura, logran enfrentar a “la ciudad monstruo”.

Las nahuas originarias participan en la recuperación de saberes y conocimientos ancestrales para la protección y defensa de sus territorios. Incluso retomando actividades

agrícolas. Participan activamente en la defensa del bosque, los humedales y del patrimonio tangible e intangible de sus comunidades marginalizadas del bienestar de un modelo urbano basado en la acumulación por despojo (Harvey, 2004). En este modelo, la riqueza y bienestar está en manos de una minoría que se va apropiando de los mejores espacios del territorio de la ciudad.

Las jóvenes residentes resignifican su identidad étnica y cultural en un contexto que obligó a sus familias, comunidades y a ellas mismas a desplazarse a la ciudad. En ese espacio experimentaron violencias sutiles, pero, sobre todo, violencias descarnadas para que borraran de su cuerpo y su forma de ser todo rasgo étnico e identitario. Sus abuelas y madres les abrieron el camino para que pudieran acceder a la instrucción escolar e incorporarse a los estudios universitarios. Ellas conocen más la ciudad, saben por dónde sí, por dónde no, pero también se atreven a explorarla. Las que cuentan con más recursos económicos, experimentan y exigen integrarse a las actividades culturales, de ocio, de recreación que la localidad les ofrece.

Las jóvenes migrantes se adaptan a la vida urbana mientras tienen que vivir en la ciudad para cursar sus estudios y proyectos de formación o trabajo, pero cada que pueden regresan a sus comunidades o buscan en la urbe algún espacio que se parezca a lo que conocen, nos dice una de ellas: "Descubrir los pueblos ubicados en Xochimilco y Milpa Alta fue descubrir lugares de alivio en la ciudad porque sentía que se parecían a mi pueblo". Para ellas, habitar la ciudad es un desafío diario. Por ello se vuelve crucial construir redes de apoyo, participar en grupos, colectivos, para sobrevivir a un entorno urbano hostil en el que no interesa a nadie incluirlas, reconocerlas como parte de la ciudad.

En conjunto, las jóvenes indígenas, independientemente de su tipo de residencia, encuentran en la forma de vida urbana un espacio de ajenidad y no pertenencia que han introyectado en su experiencia de la ciudad; a esto se suman las violencias y la discriminación sistemática y cotidiana, creando frente a esto prácticas espaciales "tácticas"; nos dice De Certeau al respecto que éstas son "ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte, [que] desembocan entonces en una politización de las prácticas cotidianas" (De Certeau, 1996: XLVIII).

BIBLIOGRAFÍA

Biglia, Barbara (2014), "Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social", en I. Mendia Azkue *et al.* (coords.), *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*, España, Hegoa, pp. 21-44.

Bonfil, Paloma, Natalia De Marinis, Patricia Rosete y Raúl Martínez (2017), *Violencia contra las mujeres en zo-*

nas indígenas en México, México, Segog-Conavim / CIESAS.

Cassigoli, Rossana (2016), "Antropología de las prácticas cotidianas: Michel de Certeau", *Chungará (Arica)*, vol. 48, núm. 4, pp. 679-690.

Chirapac (2013), *Violencias y mujeres indígenas*, Perú, AECID / Fundación Ford.

Comisión Europea (2006), *Planificación, diseño urbano y gestión para espacios seguros. Manual*, Dirección General de Justicia Libertad y Seguridad.

De Certeau, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano. 1: Artes de hacer,* México, Universidad Iberoamericana.

Del Valle, Teresa (2010), "El derecho a la movilidad libre y segura", en Virginia Maqueira, *Mujeres, globalización y derechos humanos*, Madrid, Cátedra / Universidad de Valencia, pp. 245-291.

Díaz, María Soledad de la Paz (2017), "La bicicleta en la movilidad cotidiana: experiencias de las mujeres que habitan en la Ciudad de México", *Revista Transporte y Territorio*, núm. 16, pp. 112-126.

Giard, Luce (1996), "Presentación", en Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. I: Artes de hacer,* México, Universidad Iberoamericana, pp. XIII-XXXV.

Harvey, David (2004), *El nuevo imperialismo*, España, Ediciones Akal.

Lefevre, Henri (1975 [1967]), *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península.

Rodó-de-Zárate, María y Jordi Estivill i Castany (2016), ¿La calle es mía? *Poder, miedo y estrategias de empoderamiento de mujeres jóvenes en un espacio público hostil*, España, Instituto Vasco de la Mujer.

Soto, Paula (2011), "La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada. Reflexiones teóricas y empíricas", *La Ventana*, núm. 34, pp. 7-38.

Rodríguez, Jesús (2006), *Un marco teórico para la discriminación*, México, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.